



RAFAEL DE URBINO.



rometimos en el prospecto á nuestros suscritores la copia del famoso cuadro titulado *La Perla*. La damos en este número. Es probable que deseen conocer muchos al autor de tan celebrada obra; y para satisfacer ese deseo damos el retrato de Rafael y publicamos este artículo.

Nació Rafael de Urbino la noche del Viernes Santo de 1483, el día 28 de marzo. Manifestó desde muy niño brillantes disposiciones para el arte, tanto que su padre Juan de Santi, pintor, aunque adocenado, no tardó en enseñarle cuanto sabia ni en pasarle de su taller al de Pedro el Perugino. Era Pedro de Perusa uno de los mejores artistas de su tiempo: seguía las buenas tradiciones de la escuela florentina, aunque era de la de Umbria y pasaba no sin razon como el digno continuador de Giotto y de Masaccio. Rafael, dotado de un grande instinto de imitacion, le tomó pronto la manera, el dibujo, el colorido: contaba poco mas de veinte años cuando se confundian ya sus obras con las de su maestro.

En una gran fachada de Citta della Pieve está pintada una adoracion de los Magos que data del año 1504: es preciso saber que es de Rafael para no atribuirle al Perugino. Presenta las mismas bellezas y las mismas faltas: el mismo encanto en el colorido, la misma gracia en las cabezas, la misma sujecion á los tipos místicos, la misma pobreza en los paños y la misma sequedad en las actitudes.

Se limitó Rafael á seguir las huellas de su maestro, hasta que pasó por segunda vez á Florencia, donde ha-

bia sufrido el arte una revolucion profunda en manos de Leonardo de Vinci y Miguel Angel. Estuvo en Florencia ya el año 1503 al decir de Comolli; pero no modificó su estilo hasta mas tarde en que volvió á la capital de los Médicis atraído por la fama de los célebres cartoneros de aquellos dos grandes artistas. Estaba á la sazón en Siena ayudando al Pinturichio á decorar las paredes de la biblioteca del *duomo*; y le abandonó repentinamente apenas tuvo noticia de tan bellas y originales obras.

El año 1508 estaba Rafael en Florencia: ignoramos si entró en ella aquel mismo año ó en años anteriores. Vió los cartoneros y descubrió un nuevo mundo. Acababa de salvar el arte el círculo de hierro que le habia trazado el pensamiento sacerdotal de la edad media. No respetaba ya los antiguos tipos. Buscaba en la naturaleza la verdad de las formas y en el fondo del corazón el sentimiento. Aspiraba á unir el naturalismo con el idealismo y los tenia en cierto modo unidos. Comprendió Rafael de una ojeada esa gran revolucion, y se propuso desde luego llevarla á cabo. No hay necesidad de probar si lo alcanzó ó no; basta ver la mas insignificante de sus obras.

No pudo por de contado realizar en días ni en meses su idea. Muertos á poco sus padres, hubo de regresar á Urbino con el fin de arreglar su modesto patrimonio. Pintó algo en esta su patria; mas separándose aun muy poco de Pedro el Perugino. No así ya, cuando bajó á Perusa, donde sedujo con su nuevo estilo á los mas inteligentes en artes. Habia abandonado tambien símbolos y mitos. Reproducia, aunque sin dejar de embellecerla, la naturaleza. Dejaba conocer que habia estudiado sobre las ruinas del paganismo. Era mas libre y grandioso en sus composiciones.

No estaba, sin embargo, satisfecho. Volvió á Florencia é hizo un detenido examen de las obras de Vinci y Buonarrotti. Gracias á su ya mencionado instinto de imitacion, como se habia asimilado antes las bellezas del Perusino, se asimiló entonces las de esas dos lumbreras del arte. Reformó mas radicalmente su estilo y se atrajo pronto la admiracion de las gentes. Tuvo en Florencia íntima amistad con Fr. Bartolomé de San Marco, pintor que se distinguia por lo verdadero y agradable de su colorido, y acabó de perfeccionarse en el taller de tan insigne maestro.

Era Rafael uno de esos genios de que habla Goethe, que saben hacer suyo todo lo bueno de los demás, sin abdicar su personalidad ni dejar de ser originales en el

conjunto de sus obras. Tomó no solo de todos los artistas de su época, sino tambien de los poetas y hasta de los filósofos. Fue así tan grande en sus pensamientos como en el modo de ejecutarlos; reunió en una todas las maneras; completó su individualidad, y apareció y aparece aun como la síntesis del arte. Le aventajan otros muchos en determinadas cualidades; mas no le iguala nadie en presentar bellamente armonizadas todas las que pueden desearse en una creacion artística. El sentimiento no escluye en él la fuerza del raciocinio, ni la fantasia se ve nunca obligada á suplir la falta de sentimiento. Muchas de sus pinturas son verdadera ciencia sentida. La invencion, la composicion, el dibujo, el claro-oscuro, la espresion y la actitud de las figuras, todo está en perfecto acuerdo y conspira al fin del cuadro.

Mas nos precipitamos sin sentirlo. Fue llamado Rafael de Florencia á Perusa y pintó allí una de sus mejores obras; la deposicion de Cristo en el sepulcro. No nos detendremos en describirla; no es hoy nuestro propósito dar á conocer ninguno de sus cuadros. Pero es á no dudarlo para inmortalizar al autor y revelar la estension de sus vastas facultades.

Pasó nuestro artista de Perusa otra vez á Florencia, de Florencia á Roma, donde por la intercesion de Bramante, su deudo, debia pintar los nuevos salones del Vaticano. Empezó por el de la Segnatura y pintó en cuatro grandes frescos la Filosofía, la Teología, la Poesía y la Jurisprudencia. No se limitó á simbolizar en otras tantas figuras esos cuatro ramos del saber humano; evocó los nombres de los que mas habian acelerado los progresos del derecho, de todos los doctores de la Iglesia, de cuantos habian conmovido al mundo al son de la cítara ó del arpa, de los que habian fundado un sistema filosófico y sido gefes de escuela. Animar y caracterizar á tantos y tan distintos personajes, agruparlos alrededor de una idea, condensar en ellos la historia del arte y de la ciencia, era empresa que requeria no solo facultades capaces de comprender en todas sus fases la vida de la inteligencia y del sentimiento. Desempeñó la Rafael de una manera admirable, tanto que al ver Julio II los frescos, mandó borrar los anteriormente pintados y entregó solo á sus pinceles todas las paredes del palacio.

Rafael dejó desde entonces eclipsados á todos sus rivales; fue el rey de los pintores. Todos los hombres de algun valer desearon conocerle; todos los que

gozaron de alguna renta, quisieron poseer una obra de sus manos; todos los que aspiraron al título de artistas, se hicieron sus discípulos. Activo, laborioso, de una fecundidad sin límites, satisfizo todas las demandas: frescos del Vaticano, retratos, grandes cuadros al óleo, cartones para tapices, todo lo intentó y lo llevó a cabo. Al fin no pintaba ya, diseñaba, bosquejaba y confiaba a sus alumnos la ejecución de sus infinitos conceptos. Corregía luego la obra de esos brillantes jóvenes y les imprimía el sello de su genio.

¿Qué no hizo en el Vaticano? Pintó todas las grandes escenas de la Biblia: los días de la creación, la caída de Adán, la rivalidad de Cain y Abel, la corrupción de las primeras generaciones, el diluvio, los hechos de los patriarcas, las terribles crisis del pueblo de Israel, las sublimes figuras de los profetas, la cuna y el sepulcro de Cristo, los trabajos de los apóstoles. Pintó además el castigo de Heliodoro, los milagros de Bolsena, la historia de Leon II y Leon IV, la consagración y la coronación de Francisco I, el incendio del Borgo.

Imposible parece realmente que pudiese ni llegar a concebir tantos ni tan variados argumentos. Pintaba con todo mas para los particulares que para los pontífices. En todos los museos de Europa existen hoy cuadros de Rafael de Urbino; y en no pocas iglesias de Italia y de fuera de Italia. Calcúlese cuánto no había de haber pintado.

Pintó asuntos no solo místicos é históricos sino también mitológicos. A pesar de haber santificado á Savonarola en su cuadro de la Teología, no supo permanecer fiel á la palabra de tan malaventurado reformista que combatió rudamente las tendencias paganas de su siglo. Penetró en el olimpo griego y bajó de él algunas de las antiguas deidades. Era tal la flexibilidad de su talento, que pintaba á esos dioses con no menos propiedad, ni menos fuerza de colorido que á los héroes del cristianismo. Su Galatea del palacio de Chigi, palacio decorado todo por su mano, bastaría para darle entre los pintores de todos los siglos un lugar eminente.

Daba de ordinario Rafael á todas sus obras cierto aire de tranquilidad y de dulzura; mas no por esto dejó, cuando quiso, de comunicarle energía. Acababa de pintar la Cámará de la *Segnatura*, cuando, al decir de sus biógrafos, vió en la Capilla Sixtina el juicio final de Miguel Ángel. Impresionado por las vigorosas formas de tan grandioso fresco, pintó en el mismo palacio del Vaticano las Sibilas y los Profetas. Las Sibilas y los Profetas respiran por todas partes energía: sienten, hablan, se mueven, están verdaderamente animados por el fuego de la inspiración y la poesía.

Lo podía todo Rafael: nada se resistía á sus pinceles. Si sus obras eran generalmente dulces, debe atribuirse á su carácter. Era Rafael de una estremada afabilidad y de tranquilos y generosos sentimientos: reinaba la paz aun entre los que estaban separados por profundos odios donde quiera que llegaba la influencia de su mirada ó la de su palabra. Eran comunmente los artistas de su tiempo esclavos de las mas bastardas pasiones: apelaban no pocas veces al puñal y muchas á la calumnia para deshacerse de sus rivales. Rafael era un cordero entre esos lobos: ni aun las mordeduras de esos lobos pudieron exasperarle.

Empañaban á Rafael solo dos faltas; y estas hijas aun de esa misma blandura de carácter. Amaba apasionadamente, y se entregaba sin freno á los placeres. Era mas que amor, delirio lo que sentía por su Fornarina. Asegura uno de sus biógrafos, que Chigi para animarle á que pintara las paredes de su palacio, se vió obligado á apostarla en uno de sus salones. Verla y oirla era ya un motivo de inspiración para nuestro artista.

Tenia Rafael amor para las mujeres y alabanzas para todo el mundo. Estuvo así en amistad íntima con cuantos llegaron á tratarle. Leon X no le quiso menos entrañablemente que Julio II. Sus mismos rivales se sentían desarmados por sus elogios.

Dejó sentir desgraciadamente sus defectos en sus mismas obras. No era raro que pintara bajo el manto de una virgen ó de una sibila á su querida Fornarina. Lo era aun menos que mezclara entre los filósofos ó los héroes de la antigüedad á los poderosos de su tiempo. Licencia fatal que era un principio de decadencia para esas mismas artes que acababan de llegar á su apogeo en manos del que la cometía.

¿Qué eran con todo estas faltas para quien tan altas virtudes reunía, y tantos títulos presentaba al amor y al agradecimiento de sus semejantes? Se dice que aspiraba al capelo, y rehusó con este fin la mano de una sobrina del cardenal Divizio; mas ¿es creíble? ¿Quién mas honrado que él dentro y fuera de Roma? Iba al Vaticano llevando detrás de sí mas de cincuenta alumnos. Los mas elevados personajes se daban por pagados con su amistad y su trato. Roma, Italia toda, le veneraba como algo superior á los hombres. ¿Para qué necesitaba del cardenalato? Empezó pobre su carrera; estaba al fin de su vida rico. No le podía tentar tampoco la codicia.

Murió Rafael cuando era aun joven, cuando no contaba mas que treinta y siete años. Murió en 1520, también en Viernes Santo. No hay para qué decir quién asistiría á sus exequias. Acababa de pintar su cuadro de la Transfiguración, la mas sublime de sus obras: su muerte fue universalmente sentida y llorada. Acompañaron su féretro todos los artistas que había en Roma,

los hombres mas ilustres, el pueblo todo. Iba entre el fúnebre cortejo su último cuadro.

Aseguran que murió estenuado por los placeres y una sangría que se le hizo desconociendo la causa de sus males. No bien se sintió enfermo de muerte, despidió á su querida y le señaló una pensión vitalicia. Distribuyó el resto de sus bienes entre algunos de sus alumnos. Mandó que se restaurase en Santa María Ritonda uno de los antiguos tabernáculos, se construyese un altar y se le diese allí sepultura. No tardó en morir despues de haber otorgado su testamento.

Mucho podríamos decir aun de tan grande artista; mas hemos traspasado ya los límites de un artículo del Museo. Mucho de lo que aquí callamos, lo revelará á nuestros lectores la copia de la *Perla*.

F. PI Y MARGALL.

EL ASISTENTE.

¿Qué horas tan hermosas son aquellas que siguen á una comida de amigos entusiastas, rociada grandemente de *Jerez* y de *Burdeos*; cuando el humo de los cigarrillos envuelve ya á los comensales, llevándose la imaginación tras sus giros voluntuosos; mientras el dedo de la memoria hojea melancólicamente el libro de lo pasado, y los secretos se desbordan de todos los corazones, y la máscara cae de todos los semblantes, y llueven las anécdotas, los chistes, los cuentos, las historias, los dramas y los poemas!

Todos cuentan algo: hasta el mas taciturno y desconfiado descubre el fondo de su alma: los mozos han abandonado el comedor: ya no se habla de música, de política, de literatura, de religión... Se habla de la vida, del tiempo, de la esperanza, del mundo cual es en sí. Todos los espíritus se han alzado á una igual altura, y desde aquella cumbre de entusiasmo echan miradas retrospectivas á las llanuras de la existencia, y tranquilas ojeadas al descenso de los días...

Dice Byron: *Yo gusto del fuego, de los crujidos de la leña, de una botella de Champagne y de una buena conversacion.*

Nosotros no teníamos leña, porque principiaba mayo y estábamos en Andalucía, en Granada, en la Alhambra, en la fonda de *Los Siete Suelos*. — ¡Hace cinco años!

Habíamos hablado de muchas personas; de ese mismo Byron, del *duque de Reichstadt*, de Luis XVII, de la papisa Juana, del preste Juan de las Indias, de Balzac y de otros muertos ilustres, cuando, no sé por qué camino, llegamos á hablar de perros, de monos, de hotentotes y por último de *asistentes*.

Un capitán, muy joven y muy bravo, — á quien dedico estos renglones, á pesar de que hace mucho tiempo no sé si es muerto ó vivo, — tomó entonces la palabra, y, sobre poco mas ó menos, vino á contarnos lo que sigue:

Quiero que forméis una idea exacta de lo que es ese tipo sublime que medio habeis adivinado. Luego podreis vosotros deducir las consecuencias que querais en pro ó en contra de la civilización actual, y de la civilización en general; podreis seguir discutiendo acerca del maniqueísmo, del instinto de los animales, del mérito y demérito de las acciones humanas y de la forma social que se aviene mejor á nuestra naturaleza caída... En cuanto á mí, hombre práctico, me contentaré con referiros un hecho, ó sea con acusarme de una culpa.

— ¡Historia tenemos! dijimos todos arrellanándonos en las sillas; así termina toda buena conversacion.

— ¡Hable el capitán!

Este encendió el tercer cigarro y dijo:

— Desde que salí del colegio é ingresé en las filas, hasta hoy, que han pasado ya diez años, solo he tenido dos asistentes: el que acabais de ver, y un tal *García*... que es el héroe de esta historia.

La voz del soldado, tembló al pronunciar este modesto nombre... Tomó un sorbo de café y continuó:

— *García* era un soldado reenganchado, hombre de unos veinte y ocho años, natural de Totana, tipo árabe, ó por mejor decir, tunecino, de ojos negros, tez morena, pocas palabras, un valor á toda prueba y muy apasionado en sus odios y en sus simpatías.

Debo advertiros, sin embargo, que yo no ví en él mas odios ni otros cariños, que el reflejo de mis sentimientos; amaba al que yo amaba; y abominaba al que yo aborrecía.

Nunca le conocí novia, ni ningun vicio: jamás supe cuándo comía ni cuándo descansaba. Solo sé que á todas horas se hallaba al alcance de mi voz, dispuesto á servirme en mis menores caprichos, tuviésemos ó no dinero, fuese de día ó de noche, ardiese la tierra bajo el sol del verano ó estuviese cubierta de una vara de nieve.

Aquel hombre constituía toda mi familia cuando yo estaba fuera de mi casa, que era casi siempre; por lo tanto, yo debía de quererle mucho... y quizás le quería... — ¡oh! sí... despues lo he sabido... ¡yo le adoraba! — *¡Pero nunca me ocurrió darme cuenta de ello!* — Esto es muy comun en los hombres de mi carácter — Lo mismo soy ahora con mi mujer... ¡Discolo y endemoniado! — En fin, vamos al asunto.

Por todo lo dicho comprendereis que yo era un ser fabuloso á los ojos de *García*, y que él me idolatraba como un buen hijo idolatra á un mal padre... — Pero no... Esto es poco... — Como un perro idolatra á su amo.

Un perro... sí...! — Tal fue siempre el papel que á mi lado hizo *García*.

Tenerme contento, evitar un regaño, merecer una mirada mia... hé aquí la suprema felicidad de aquel hombre.

¡Oh!... el género humano es esencialmente bueno.

García, que era diez años mayor que yo, me hablaba de V.

Yo á él de tú.

El me hacia la comida con mil afanes.

Las sobras de mi comida eran su alimento.

Yo, soldado voluntario, recibía ochocientos reales mensuales por pasearme.

El, soldado forzoso, ahorraba seis cuartos el día que mas, y estaba trabajando siempre.

Yo no le pagaba...

El me servía con gusto, con entusiasmo, con cariño.

Y sin embargo... no sé por qué... (preocupaciones mezquinas que se arraigan en nuestro corazón) yo trataba á *García* con cierta dureza.

Solo le hablaba para mandarle, para reñirle por un descuido ó para prohibirle alguna cosa...

Mi voz era su ordenanza viva.

¡Qué diablo! Yo soy hijo y hermano de militares, y la costumbre de obedecer rigurosamente, me había dado el hábito de mandar con rigor!

En medio de todo... ¿qué era *García*? Un inferior mio... un soldado de mi compañía... ¡un subordinado!

¡Cuánto debió sufrir en su vida! ¡Él, que nada amaba en el mundo tanto como á mí, y nunca recibió una prueba de mi estimación; que nunca oyó de mis labios una palabra afectuosa; que no estrechó mi mano al separarse de mí; que no me abrazó al volver á verme; que no pudo decirme en los peligros de la guerra...

¡Cuidado, amo mio! que siempre amó, calló y sufrió en mi presencia, como un pária ante su Dios, como un eunuco ante la sultana, como un esclavo ante su dueño.

¡Oh!... pero, eso sí... estoy seguro de que no me engaño... y despues lo he pensado muchas veces... Si *García* hubiera caído enfermo; si me hubiera querido abandonar; si hubiera llorado delante de mí... en aquel mismo punto hubiera dejado de ser mi inferior; le hubiera dicho: «*García*, no podré vivir sin verte...» en fin, me hubiera dado cuenta de que éramos dos hombres que se amaban como hermanos!

No exagero, amigos míos. Considerad lo que para un oficial es su asistente.

Cuando á media noche volvía yo á mi alojamiento, solo, triste, fastidiado, él era quien me esperaba.

Si estaba enfermo, me cuidaba él.

No bien deseaba una cosa, á veces sin decirlo, me la proporcionaba.

En campaña estaba á mi lado.

En los caminos me servían sus brazos de puente para pasar los ríos.

En el invierno se tendía á mis piés para abrigarlos.

En el verano me cobijaba bajo la sombra de su cuerpo.

El era el único que sabía el estado de mi bolsillo.

Solo él podía adivinar el estado de mi corazón.

Me veía sufrir, me veía lloroso, me veía enamorado, débil, arrastrado por un vicio, poco respetable por cualquier circunstancia de la juventud, y me miraba, y sentía, y callaba y se quitaba la gorra con respeto.

El se peleaba con las patronas por ponerme en la mesa mis manjares favoritos.

Ahorra de mi dinero, ó sea me robaba temporalmente para sacarme despues de un apuro.

Me revisaba la ropa como una mujer.

Me peinaba, me cepillaba, me vestía.

Era, por último, protector como un padre, previsor como una madre, dócil como un hijo, cariñoso como un hermano, económico como una esposa, leal como un amigo... ¡Una familia entera para mí... mi casa ambulante!

¡Oh! aquel hombre no tenía existencia propia: vivía de mi vida, y murió de mi muerte.

Escuchad.

Cuando la guerra última con los carlistas concluía ya por consunción, me hallaba yo en Cataluña á las órdenes del general B.

García me acompañaba.

Un día encontramos al enemigo cerca del pequeño pueblo de Gironella.

Desde por la mañana nos estuvimos batiendo con el mayor orden; y á la caída de la tarde, cuando la victoria era casi nuestra, fuimos sorprendidos á retaguardia por otra considerable partida.

Estábamos entre dos fuegos.

Nuestro coronel mandó la retirada, viendo la cosa perdida, y en un momento casi todos los soldados huyeron en dispersion.

Pero yo no oí aquel toque, y permanecí batiéndome al frente de mi compañía, que ocupaba el extremo del ala derecha.

Los carlistas avanzaron.

Mis soldados empezaron á caer á mi alrededor como segadas espigas.

¡Y yo no mandaba la retirada!!

Estaba loco: era presa de la epilepsia, de esa enfermedad que acompaña á todos los accesos de mis pasiones.

Pero tan estrechados se vieron aquellas víctimas infelices de mi ciego furor, que huyeron al fin sin esperar mi orden, dejándose en el campo á la mayor parte de sus compañeros.

García se figuró que yo había mandado aquella fuga, y corrió mas que todos, creyéndome acaso al frente de la compañía.

Quedé, pues, solo.

Arrojé el fusil con que había disparado el último tiro, y desenvainé el sable.

De este modo avancé hácia el enemigo, poseído de tan insensata furia, que pronto caí en tierra, presa de una terrible convulsión.

Los facciosos me creyeron muerto y siguieron acosando á los fugitivos.

Llegó la noche sin que me recobrase.

Los restos de nuestras fuerzas estaban ya en Gironella, donde se fortificaban y rehacían para caer al día siguiente sobre los facciosos, que por su parte acamparon en frente de la pequeña población.

García, entre tanto, habíase apercibido de mi falta y decidido volver al teatro de la acción, á fin de recoger mi cadáver si yo había muerto, ó auxiliarme si me hallaba herido.

Para lograrlo, tenía que atravesar el campamento carlista.

Solo un loco ó una madre hubiera concebido tan temeraria empresa.

Salió del pueblo cautelosamente, y dando un rodeo de tres leguas, consiguió atravesar la línea contraria.

Poco despues me encontré entre los cadáveres.

Yo seguía insultado; pero sumido en esa extraña somnolencia que permite ver y oír, ya que no hablar ó moverse.

García adivinó al momento que yo solo tenía la epilepsia: enjugó sus lágrimas, refrenó sus sollozos, cogióme á cuestras, y echó á andar hácia el pueblecillo.

Así se fué acercando á los facciosos, impasible, sereno, resignado con su suerte.

Solo un prodigio podía salvarnos.

El lo sabía, sí; pero sabía también que si no se empleaban los medios acostumbrados para sacarme de aquel insulto ó me dejaba allí á la intemperie, en una horrible noche de ventisca, podía quedar muerto al cabo de algunas horas.

Continuó, pues, su camino.

¡Tenía que volver á forzar la línea de los carlistas!

La oscuridad de la noche, era la única probabilidad de salvacion que nos quedaba....

En esto rompió la luna su cárcel de nubes y apareció plena, hermosa, resplandeciente, esclareciendo por completo todo aquel país nevado.

García arrojó un suspiro, previendo una desgracia.

Yo la preveía también; ¡yo, inerte, exánime, echado sobre la espalda de aquel hombre valeroso!

¡Qué horrenda pesadilla!....

Mas... ¡oh portento! García atravesó con su carga á veinte pasos de un centinela, sin ser descubierto por él.

Ya tocaba aquel resignado Cristo al término de su via de dolor, cuando los carlistas le distinguieron á la luz de la luna.

—¡Quién vive? gritó una voz á lo lejos.

—¡A él! exclamó otra mas cercana.

—¡María Santísima! murmuró García.

Y estrechando convulsivamente mis muñecas, apreté el paso.

En esto silbó una bala y sonó un tiro.

Mi asistente se detuvo.

Bamboleóse con su carga, dió un largo sollozo, y cayó de boca contra el suelo.

Yo caí encima de él.

¡Qué noche aquella!

Primero sentí que García temblaba y se retorcia bajo el peso de mi cuerpo y entre mis inertes brazos...

Luego se quedó tranquilo....

Despues se fue enfriando poco á poco...

Sus miembros adquirieron, en fin, una rigidez espantosa....

Estaba muerto.

¡Yo lo sabía, y no podía moverme!

Pasé, pues, la noche abrazado á un cadáver.... ¡al cadáver de García!

¡Era el primer abrazo que le daba.

El fresco de la mañana me volvió el sentido.

Me puse de pié y miré á mi alrededor.

Estaba solo.

Los carlistas habían levantado el campo durante la noche.

Registré á García, y ví que la bala le había entrado por un costado y salido por el otro.

Toméle á mi vez á cuestras, y trémulo, vacilante, con los ojos húmedos y el corazón destrozado, entré en Gironella.

Allí está enterrado el pobre García.

Hoy es para mí su nombre objeto de culto y veneración.

¡Cuántas veces he pedido locamente á Dios que le

permitiera resucitar, para consolarle de mi acritud y pagarle con amor su sacrificio!

Desde entonces soy dulce, afable, cariñoso con mis inferiores, y en vez de aspirar á que mi compañía tiemble ante mí y me crea un ser de otra especie que la humana, solo deseo ser un amigo de todos mis soldados, un preceptor, un consejero; porque he comprendido demasiado bien, que bajo el burdo capote del soldado late á veces un corazón mas grande que bajo el uniforme dorado del general.

¡Oh! cuando este otro asistente ha celebrado mi ternura paternal para con él; cuando he oído las bendiciones de mi compañía; cuando he derramado el consuelo sobre esos pobres hijos de la patria, arrancados del seno de sus familias para servir á la ambición de cuatro miserables, ¿no es verdad, pobre García, que tú me has sonreído desde el cielo, diciendo para tí mismo:

«Mi sacrificio no fue inútil, pues ha redimido á mis camaradas?....»

El jóven militar quedó con los ojos clavados en el cielo; nosotros nos asimos á sus manos, y el mozo de la fonda entró con la cuenta.

P. A. DE ALARCON.

ARTICULO DE ARTICULOS.

O como si dijéramos *cuento de cuentos*. Porque verdaderamente, esto de principiar por un artículo y malo donde tantos y tan buenos han salido, ni es por cierto lo que se exige de nosotros, ni lo que nosotros podríamos dejar de hacer. Supla, pues, al número la calidad del género; y si allá van leyes do quieren reyes, vayan allá artículos do quieran editores de El Museo.

Es el caso, que español como somos, algo de observador que nos sentimos, y un si es no es indolente que nos hacemos, existen en nuestra imaginación y se posan cada día en ella de nueva planta, *croquis* y pensamientos de artículos que no habría sino extenderlos y ordenarlos en el papel, para que pudiesen ir por sí mismos á la imprenta. Pero como esto solo nos conduciría á la inmortalidad, sin ningunas otras consecuencias físicas ni morales de presente, es ello el caso también que los tales *croquis* se quedan en la cabeza, y los siguientes artículos en el tintero.

Hoy atropellando por todo y renunciando al placer de dormir la siesta, vamos á consignar unos cuantos de esos pensamientos que en ocasiones se nos ocurren, para á la vez que cumplamos nuestro actual propósito, utilicemos de algun modo nuestra inercia pasada.—El arreglo no puede ser mejor. Manos á la obra.

I.

Un día, por ejemplo, oímos quejarse amargamente de su fortuna á un pobre jornalero: era peon de albañil y ganaba cinco reales los días de labor, durante el buen tiempo.

—Yo (decía) trabajo desde la mañana hasta la noche sin sosegar un momento, y estoy bajo las órdenes despóticas de todos; pero mi oficial descansa cuando quiere y gana triple jornal que yo; el maestro apenas se ensucia las manos, y gana seis jornales míos; el arquitecto de la obra viene á ella una vez por semana, da cuatro gritos y gana veinte jornales; por último, el dueño de la casa no se ha ocupado mas que en darnos vino el día que mezclamos la primera cal, ni volverá á la obra hasta que clavemos el banderín de las aguas, y todos estamos haciéndole aquí una renta que equivale á cien jornales diarios de peon. ¡Esto es una iniquidad!

De tal manera se lamentaba aquel pobre hombre, momentos antes de que la casa en construcción se viniera al suelo. Hé aquí lo que despues nos contó él mismo:

El dueño de la finca se había arruinado con la catástrofe, porque comprometía en aquella obra toda su fortuna.

El arquitecto no encontró otro propietario que quisiera fiarle sus construcciones, y perdió su crédito y su pan.

El maestro estuvo seis meses en la cárcel á responder de la causa que se le formó por el hundimiento.

Los oficiales no encontraban trabajo, porque se les acusaba de complicidad con el maestro en el uso de malos materiales.

El edificio se cayó en sábado: el domingo todo era lágrimas y duelo en las casas de los comprometidos: el lunes por la mañana temprano estaba el peon en otra obra, gauando con tranquilidad de espíritu sus cinco reales.

—Hé aquí una escelente tema para varios artículos, (nos dijimos). Este trabajo se llamará *Teoría de las responsabilidades*.

No se ha hecho aun.

II.

Otro día nos detuvimos maquinalmente ante una de esas prenderías ó baratillos que tan comunes como extravagantes son en Madrid, y nuestros ojos tropezaron,

entre otros mil objetos, con el que menos debía llamar la atención de los transeuntes: era una peluca rubia; pero una peluca usada, y de uso comun y natural; una peluca de hombre que anda por la calle. Preguntamos si aquel mueble se vendía, y nos respondieron que sí.—Esta respuesta y algunos momentos de observacion posterior, nos condujeron naturalmente á las siguientes reflexiones:

—¿Habria pertenecido aquella peluca á un hombre que la compró creyendo perder el pelo y despues no lo había perdido?

¡Qué prevision!

—¿Habria pertenecido á uno que la usó mientras no tuvo pelo, y la vendió despues que le hubo salido?

¡Qué ingratitud!

—¿La habria vendido un calvo para comer?

¡Qué miseria!

—¿Se habria deshecho de ella despues de haber comprado otra mejor?

¡Qué ruindad!

—¿Habria muerto el dueño de aquella peluca y sus herederos la sacaban al mercado?

¡Qué horror!

—¿Habria muerto y los sepultureros se la quitaron para venderla?

¡Qué profanacion!

—¿Se la habrian robado á un vivo?

¡Este era imposible!

¿Cómo, pues, estaba allí aquella peluca? ¿por qué estaba? ¿Estaria allí en efecto? ¿podia estar?...

Semejantes reflexiones nos movieron la curiosidad hasta el punto de pretender indagar la historia de la peluca. Hicimoslo, y ciertamente que el asunto merecia un largo artículo.

Hemos de escribirlo (nos dijimos entonces) y se llamará *La Peluca en venta*.

Hasta hoy.

III.

En una tertulia de muy buen sentido, oímos preguntar una noche:

—¿Qué enfermedad tiene *Fulano* que está tan pálido, tan ojeroso y tan delgado!

—Amores:—contestó una señora, —y todos quedaron satisfechos.

Otra noche preguntamos nosotros mismos á la dueña de la casa:

—¿Qué le sucede á Magdalena que ayer la sorprendí dos veces llorando?

—Está enamorada; —nos respondió en voz baja. Y quedamos tan tranquilos.

Un amigo nuestro dió en pasar las noches en nuestra casa, porque en la suya no dormía y pensaba volverse loco.—La causa de aquel insomnio perpétuo, era una muchacha de ojos azules.—Nada mas natural.

Cierto capitán de caballería se dejó dar una lanzada en la primera escaramuza, porque le había abandonado una muchacha de ojos negros.—Nada mas lógico.

Un escribano estendió en papel de ilustres una certificacion de pobreza, mientras le estaba aguardando la que luego fue escribana.—El juez no extrañó este aturdimiento.

«He perdido la calma por V.»—Frase sinónima de «Me gusta V. mucho.»

«Me voy á pegar un tiro por *Fulana*.»—Esclamacion equivalente á «*Fulana* me va gustando mas de lo regular.»

«¡Me está matando!»—Véase: «Me está gustando.»

Tales son los hechos y los dichos de los enamorados. Padecimientos, torturas, sangre, esterminio, muerte: Hé ahí los ingredientes y salsas del amor.

—¿Que es esto? (nos preguntamos.) ¿Qué ventura es esta? ¿qué embrollos, qué mentiras, qué ridiculeces son estas...? —El asunto bien merece la pena de escribirlo (añadimos.) Pues comencemos:

INQUISICION MORAL.

Suplicio primero: —EL AMOR.

«El amor puede muy bien compararse al saco de oro que nos regalaban con la condicion de llevarlo siempre á la espalda.»

Y no escribimos mas.

IV.

Leyendo en cierta ocasion un periódico que alababa varias obras de arte por el juicio que de ellas había formado una persona de suposicion, nos echamos la cuenta siguiente:

¿Cuánto no se reiría la humanidad, si aparecieran en las columnas del mas sesudo diario estas líneas....?

«Ayer ha leído por fin el poeta H. su comedia B. Asistían á la lectura, el señor R, el conde de F, el presbítero J. y un cobrador de contribuciones. Este último se deshizo en elogios de la obra y tributó tales alabanzas á su autor, que, el poeta conmovido, estuvo á punto de verter lágrimas de alegría. Con tales antecedentes la comedia del señor H. obtendrá un éxito inmenso.»

¡Cuán satisfecho no quedaría el mundo, en cambio, si lo que dijera el periódico fuese esto otro:

«Ayer ha leído por fin el poeta H. su comedia B. Asistían á la lectura el señor R, el conde de F, el presbítero

LA PERLA.



CUADRO DE RAFAEL DE URBINO.

(MUSEO REAL DE PINTURAS).

ro J. y un príncipe de nuestra familia real. El augusto convidado se deshizo en elogios de la obra, y tributó tales alabanzas á su autor, que el poeta conmovido estuvo á punto de verter lágrimas de alegría. Con tales antecedentes, la comedia del señor H. obtendrá un éxito inmenso.»

Pues bien: el príncipe de la sangre, podía ser perfectamente el hijo mayor de Carlos III. El cobrador de contribuciones podía llamarse Cervantes.

Este artículo lo titularemos *Ilusiones de óptica moral*.

Ni por esas.

V.

Nosotros conocíamos á una monja que entró en el convento de edad de cuatro años: este convento está situado en el centro de un barrio profundo y populoso, que ni permite divisar campo, ni ofrece á su alrededor calles desahogadas: la monja no fue comprendida en la última anexión de comunidades; ni tuvo nunca, por consiguiente, que reparar el dintel de la portería: murió á los setenta años.—¿En qué se parece esta monja al capitán Cok?

Ambos son criaturas humanas y han vivido.

Un amigo nos ha contado que los cardenales de Roma toman un café tan exquisito, como jamás lo han bebido los turcos: viene de Moka espresamente encargado y con la mayor escrupulosidad escogido: se confecciona en un aparato particular que le conserva todo el aroma, añadiéndole propiedades que no tenía: pasa por un sin número de operaciones químicas y termométricas de tan escrupulosa como difícil dirección, y en fin, cuesta tan caro, que los cocineros se ajustan por menos sueldo del regular, si monseñor el príncipe les da á beber de su propio café y no del de la familia.—¿En qué se parece este café al que venden por dos cuartos á media noche en la Puerta del Sol?

Ambos son café y tienen sus partidarios.

Habia en Madrid un banquero muy rico, que no tenía mas vicio ni placer que el tabaco: la mejor tabaquería de Cuba escogía las mejores hojas de su cosecha para fabricar estos cigarros: eran, pues, excelentes de condición, excelentes de calidad y excelentes de hechura: cuando se fumaba alguno, despues de haber promovido un cuarto de hora de conversacion elogiándole, perfumaba la casa en que ardía: por último, un cigarro de

mister Sánson (que tal se llamaba el banquero), era mas admirado que una estatuilla de Pradier de esas que hay en la *Corona de Oro*.—Pues bien, un amigo nuestro, fumador antiguo y no pobre, nos cambió un día doce cigarros de mister Sánson, por doce de á seis maravedís que le compramos en el estanco de la calle de la Luna.—A él le gustaban mas los segundos.

Estas y otras consideraciones nos llevaron al siguiente raciocinio:

sus diversas transformaciones. A las 24 horas de salir los anticipados, la avivación es instantánea y general si la semilla ha sido bien conservada y la incubación ha sido hecha conforme á los principios ya sentados. Cuando menos se avivan los dos tercios. Se ponen encima los papeles agujereados y sobre ellos hojas de morera, en minutos se llenan de gusanos y se quitan á medida que se llenan de ellos. El recipiente nuevo sobre el que se ponen los gusanos, será de una superficie cuatro ve-



RAFAEL DE URBINO.

Nadie se parece á nadie, nada es mas bueno que nada: ninguna cosa sabe mejor ni peor que otra: el hombre anda en dos piés, porque aun no se le ha ocurrido echarse á cuatro; el día que lo haga, dirá que anda mejor que antes.

Un artículo sobre este tema (pensamos), sería muy curioso, y podría llamarse *El sistema representativo aplicado á los nervios*.

Está por escribir.

VI.

En cierta ocasión.... — Pero ahora caemos en que de seguir contando, llegaría á ser esto un artículo formal, aunque sin pensamiento; cosa verdaderamente estraña en quien teniendo pensamientos no ha querido escribir artículos.

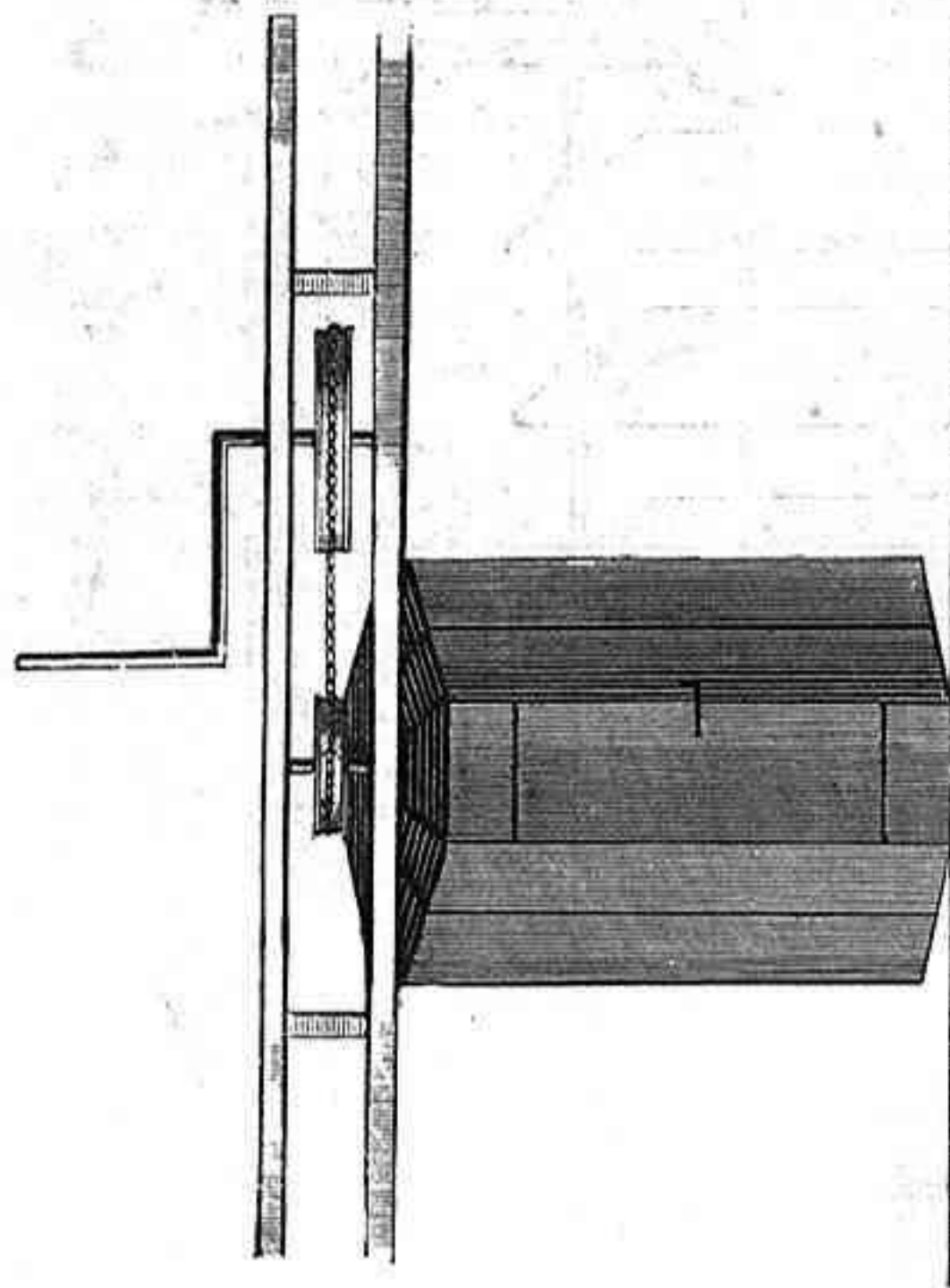
Renunciamos, pues, á incurrir en este contrasentido.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

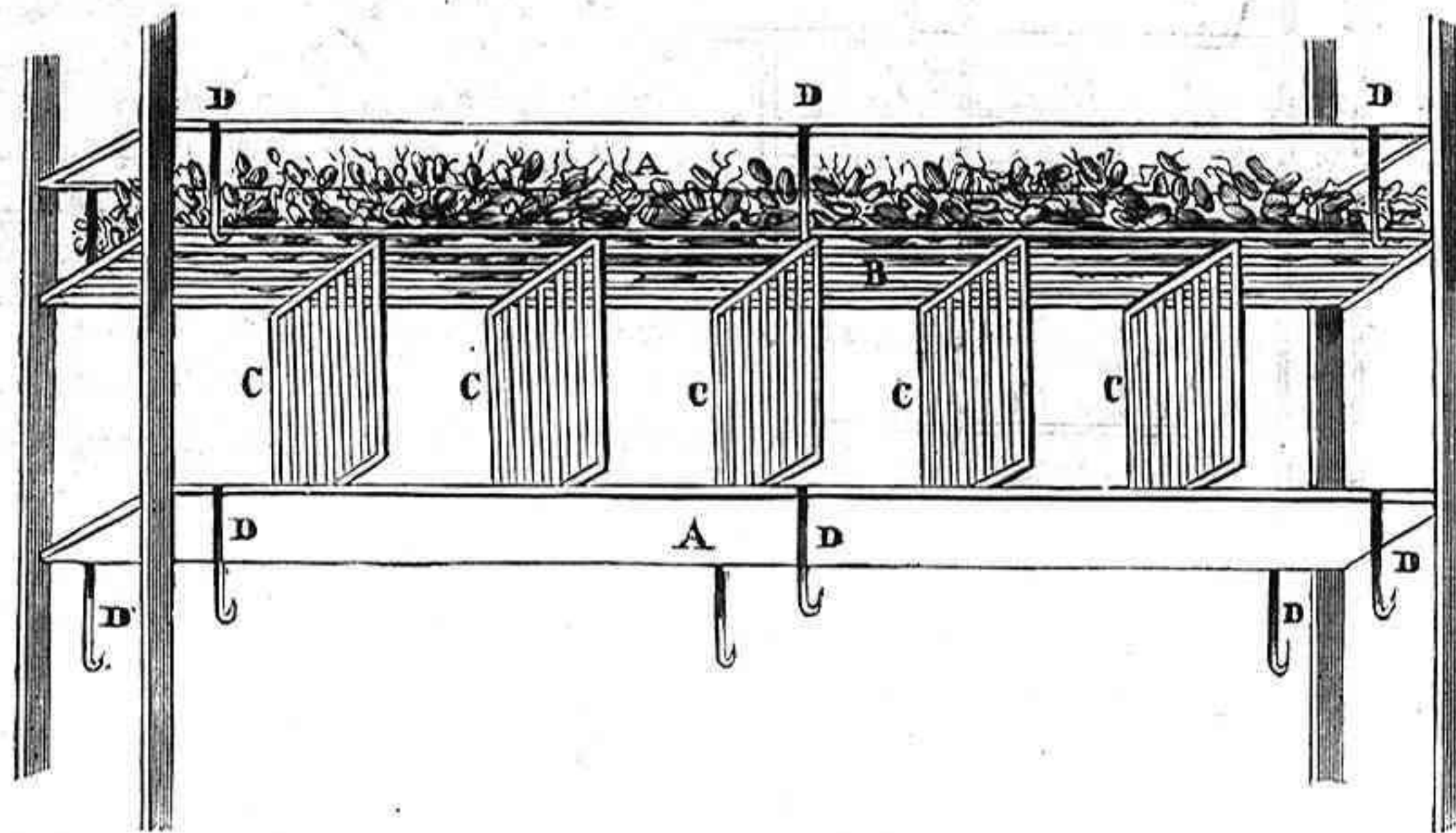
SERICULTURA (1).

PRIMERA EDAD DEL GUSANO, DESDE SU AVIVACION HASTA SU PRIMERA MUDA Ó DORMIDA.

El día antes de la avivación general algunos gusanos se anticipan como anunciándola. Se consideran como malos, pero mas bien deben reputarse como tales los que se retardan, ó sea los últimos. Generalmente los accidentes mas bien retrasan que adelantan el desarrollo de un ser cualquiera. El número de los que se anticipan es muy pequeño y no valen la pena de conservarlos. Pero si los precoces son muchos, se deben conservar; porque, según la esperiencia ha acreditado, son mas listos y vigorosos que los que vienen al fin. De ninguna manera se mezclarán con los que vienen despues, porque estarian en desacuerdo con las épocas de



APARATO PARA SECAR LA HOJA.



APARATO PARA EL EMBOJE.

ces mas grande que la que ocupaban antes. Este espacio es necesario para no tener que espaciarlos antes de la muda. La temperatura del sitio en que se ponen los gusanos recién nacidos, será al principio lo mas cercana posible al incubador ó estufa en donde se avivaron; á las 24 horas se puede gradualmente elevar hasta 18 y 19 grados.

Ocho comidas son suficientes en este primer período

siendo uniforme la distribución de la hoja, lo que trae las mudas instantáneas y generales. Al cuarto día se le deben limpiar las camas, lo cual se hace con el auxilio del papel agujereado. Cuando la mitad se ha colocado para la muda, ó como se dice vulgarmente, cuando la mitad duerme, lo que se conoce en su cabeza hinchada y transparente y en su posición fija, se espacian los gusanos con el auxilio del papel agujereado, sobre el que

se echa hoja, adonde acuden todos los que no duermen todavía. A los dormidos ya no se echa mas que alguna que otra hoja; pero siempre menos.

Este método de espaciar el gusano antes de la muda, tiene una inmensa ventaja. Dormidos los mas precoces, si se continuara echando hoja á los despiertos, los

(1) Véanse los números 21 y 22.

primeros serian cubiertos de capas sucesivas de hoja y perecerian privados de aire y en medio de una fermentacion pútrida, y si no morian, contraerian el germen de enfermedades que mas tarde harian su explosion. Por dicha causa suelen perecer muchos en la primera edad. En las primeras mudas se puede hacer el cambio de camas con el papel agujereado; pero despues con redes en bastidores. El consejo que se da para la primera muda es aplicable á las demás.

Concluida la muda, se agitan y corren los gusanos detrás de la hoja; inmediatamente despues de la muda, si hay algunos que no han dormido, se les pone encima el papel agujereado, y despues de dos comidas se les deslecha, ó sea se les muda de cama. Las emanaciones de estas por los despojos de los gusanos y algunos muertos, son pestilenciales. Sobre el grado de humedad de la atmósfera que debe tener el local en que se crien los gusanos, hay alguna discordancia; pero debe ser un término medio entre la atmósfera seca y de saturacion, esto es, que debe ser de 50 á 60 grados. No debe ser siempre el mismo, ha de variar en las diversas épocas; para comprender esta necesidad entraremos en algunos detalles anatómico-fisiológicos concernientes á las diversas mudas ó transformaciones del gusano.

El gusano de seda como todas las orugas, está sujeto á diversos cambios de piel, siendo muy esencial el conocer las causas que los producen.

El cuerpo del gusano de seda, tiene á sus dos lados, cerca de la base de las patas, unos agujeros llamados estigmas por donde respira, y por ellos tambien escapa el exceso de humedad. En cada edad tienen estos estigmas una dimension dada, la que solo se aumenta despues de cada muda. Los alimentos que toman, se doblan y triplican en cantidad; la humedad aumenta en la misma proporcion, y no siendo suficientes para desembarazarse de ella, se aumenta el volumen del cuerpo del gusano, el cual no tiene mas remedio que desprender la piel y determinar la muda ó morir. Por eso los momentos de la muda son críticos. En estos instantes de muda, de ninguna manera conviene aumentar el estado higrométrico del aire.

Sobre todo despues de la muda, con su piel nueva todavía impregnada de agua, tienen necesidad de calor seco para adquirir consistencia. La esperiencia ha comprobado, que los gusanos de zarzos elevados, en donde casi no habia humedad en el aire, eran los de muda mas rápida y perfecta. No es sola la época de las mudas aquella en que es necesaria la falta de la humedad atmosférica. Al fin de la cuarta edad, cuando los gusanos están para subir á hilar, los estigmas tienen una dimension proporcionalmente inferior al grosor del insecto, los excrementos lo indican por la humedad que contienen, entonces si el obrador ó cuarto es húmedo, se ven aparecer un gran número de gusanos hidrópicos que se llaman gorriones ó sapos. Desde luego, en tal caso, les conviene atmósfera seca hasta el fin é interin la subida á hilar. Con estas nociones son fáciles las prescripciones de los grados de humedad en todo el tiempo de la cria del gusano. Luego en la época de las mudas, debe disminuirse la humedad, la que ha de desaparecer en el momento de subir á hilar.

Segunda edad, ó sea desde la primera muda á la segunda.

Despues de la primera muda se puede apreciar con exactitud la mayor ó menor igualdad de edad que lleven los gusanos, y es necesario entonces trabajar porque desaparezca la desproporcion de edad que haya entre ellos. En cada muda debe intentarse el igualarlos para que la subida á hilar sea instantánea.

Muchas son las causas de la desigualdad de los gusanos; pero las principales son la diferencia de temperatura y la falta de espacio. Para obviar estos inconvenientes, conviene desde el principio de la avivacion colocar juntos los que han nacido primero, y mas tarde los primeros despertados en el sitio menos caliente del obrador, y los tardios, en el mas caliente; se les dará á éstos una comida mas al dia. No hay mas medio para igualarlos que la diferencia de temperatura y el número de comidas. Se hará ayunar á los precoces en la muda. El espaciarlos, como ya se ha aconsejado, es útil á la muda; despues de esta operacion no deben recibir hoja, y si esta operacion se hace muy tarde y quedan claros los gusanos, se les reune. Terminada la muda, se les limpia la cama. Tres dias despues del deslecho que ha seguido á la muda, una segunda limpia de cama es necesaria. No hay que olvidar que este período es el mas corto. Al quinto dia lo mas tarde empieza la muda y no hay que olvidarse de espaciarlos. Al fin de este período, puede llegar la temperatura á 17 ó 19 grados y se mantendrá hasta el último.

El tiempo que hay entre una y otra muda, puede abreviarse considerablemente; no hay mas que elevar la temperatura y multiplicar las comidas. Este método ha tenido recientemente numerosos partidarios, y despues de muchos ensayos se ha venido á probar que el gusano de la seda, como todos los seres del universo, tiene su manera de existir y una progresion determinada, de la que racionalmente no se le puede desviar. El exceso en todo es un mal, y que efectivamente lo es en este caso, se podría probar con muchas razones.

Si hay un peligro en elevar mucho la temperatura, tambien lo hay en hacerla descender; si es de 14 á 16 grados, produce una multitud de cambios desfavorables; con esta temperatura es muy difícil luchar contra la humedad, las camas son mas abundantes, porque los gusanos comen menos, están mas húmedos y mas espuestos á fermentar; los gusanos trasudan menos y los excrementos son mas húmedos y mas fermentescibles; las edades son mas largas, y las mudas mas penosas y tardias; la ventilacion es poco enérgica y es raro con esta temperatura, conseguir un buen resultado.

Tercera y cuarta edad, ó sea desde la segunda muda á la tercera y desde esta hasta la cuarta.

Desde la segunda muda á la tercera, dobla el gusano de volumen, y se triplica desde la tercera á la cuarta. A la segunda muda, se le da un espacio doble y á la tercera, triple; se hace esta operacion, dividiéndolos por tercios. En lugar de esperar á que la mitad de los

gusanos duerman, se empieza la operacion cuando el tercio poco mas ó menos duerme, esto es, tan pronto como se perciban algunos. Los dos tercios que hayan subido á la red, se colocan en otro zarzo, y como una ó dos comidas bastan para que todos se duerman, á la primera ó segunda distribucion de hojas se procederá á aumentar el local segun la rapidez de la muda. Si los primeros están claros, lo que indica que se ha hecho tarde, es inútil el ensancharlos; se espera á que salgan de la muda. Lo esencial para la tercera muda, es que los gusanos ocupen al principio solo el tercio del zarzo sobre el que se les coloca, para que no esten amontonados al fin de este período. Los cuidados desde la segunda á la tercera muda, son los mismos que los de la primera y segunda, con la diferencia de que puede cortarse la hoja menos fina y la temperatura puede ser un grado mas baja. En la tercera edad, un deslecho de mas es necesario á la mañana del tercer dia y al fin del quinto. La tercera muda es la mas penosa para el gusano. En esta época se empiezan á declarar las diversas enfermedades originales provenientes ó de la mala calidad de la semilla ó de la mala avivacion. Franqueada felizmente esta muda, salvo algun accidente ulterior, se puede asegurar una buena cosecha.

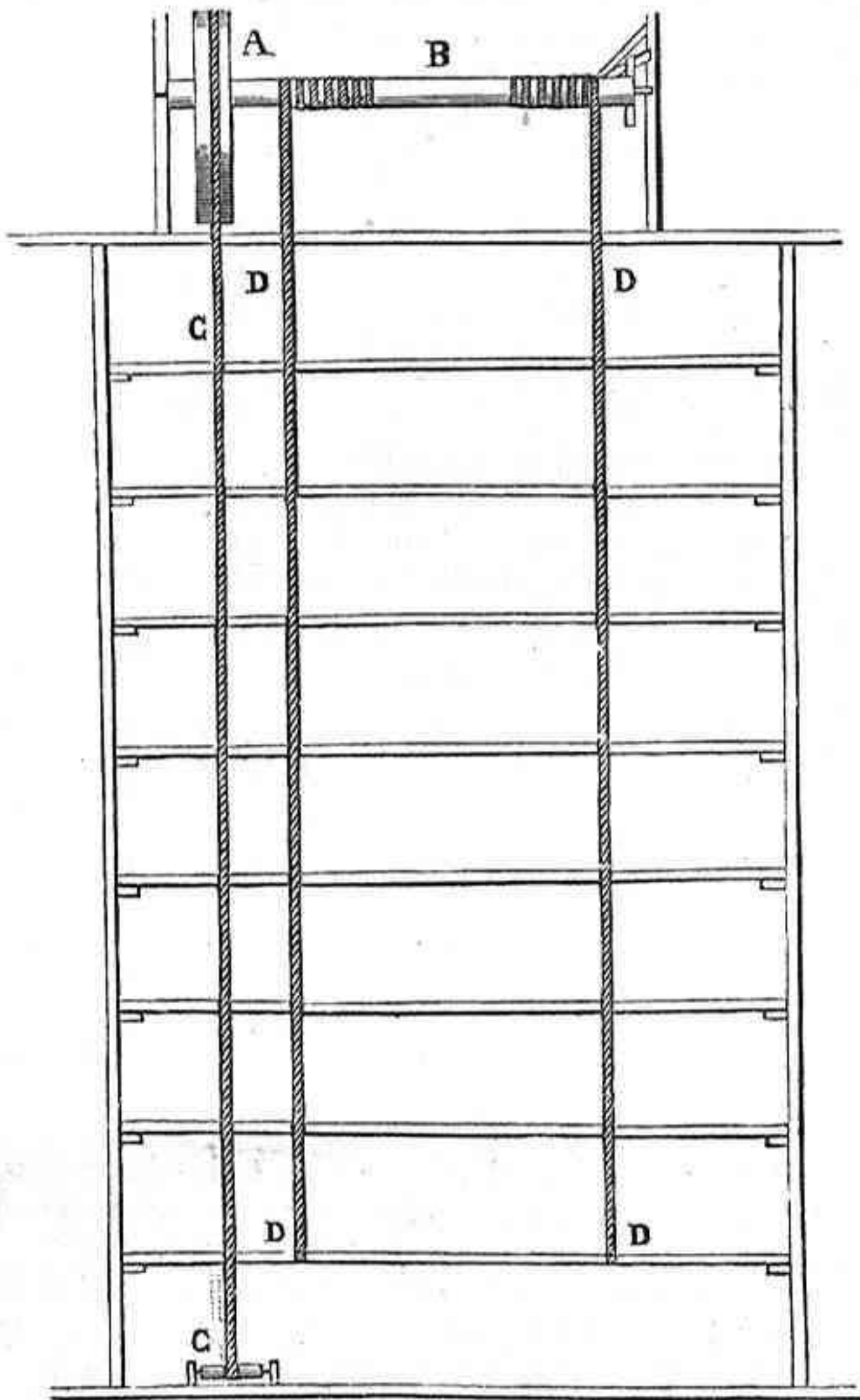
En esta tercera edad se regularizará la temperatura y la alimentacion, y se procurará que ningun accidente venga á aumentar la dificultad de la muda. Los gusanos en esta edad, estarán claros, en camas secas, y sin fermentacion. Una distribucion ó dos de la hoja mojada ó muy fria al fin de este período, bastan para alterar sus órganos y pueden acarrear los mas graves accidentes. Se evitará la menor transicion atmosférica; se mantendrá la temperatura como en todas las edades, uniforme, y se aumentará insensiblemente un grado á la aproximacion de la dormida. Se nota que los gusanos en esta muda, tienen la cabeza y el cuerpo mas hinchado, sin duda por esta causa, la muda es mas penosa, y para combatir la superabundancia de esta humedad, se debe recurrir á una temperatura un poco seca y mas elevada.

El deslecho se hace como en todas las edades. algunas horas despues de estar despiertos todos los gusanos. En este tiempo se afirman y toman consistencia. En esta muda no es preciso apresurarse á darles de comer, y las primeras comidas serán poco copiosas.

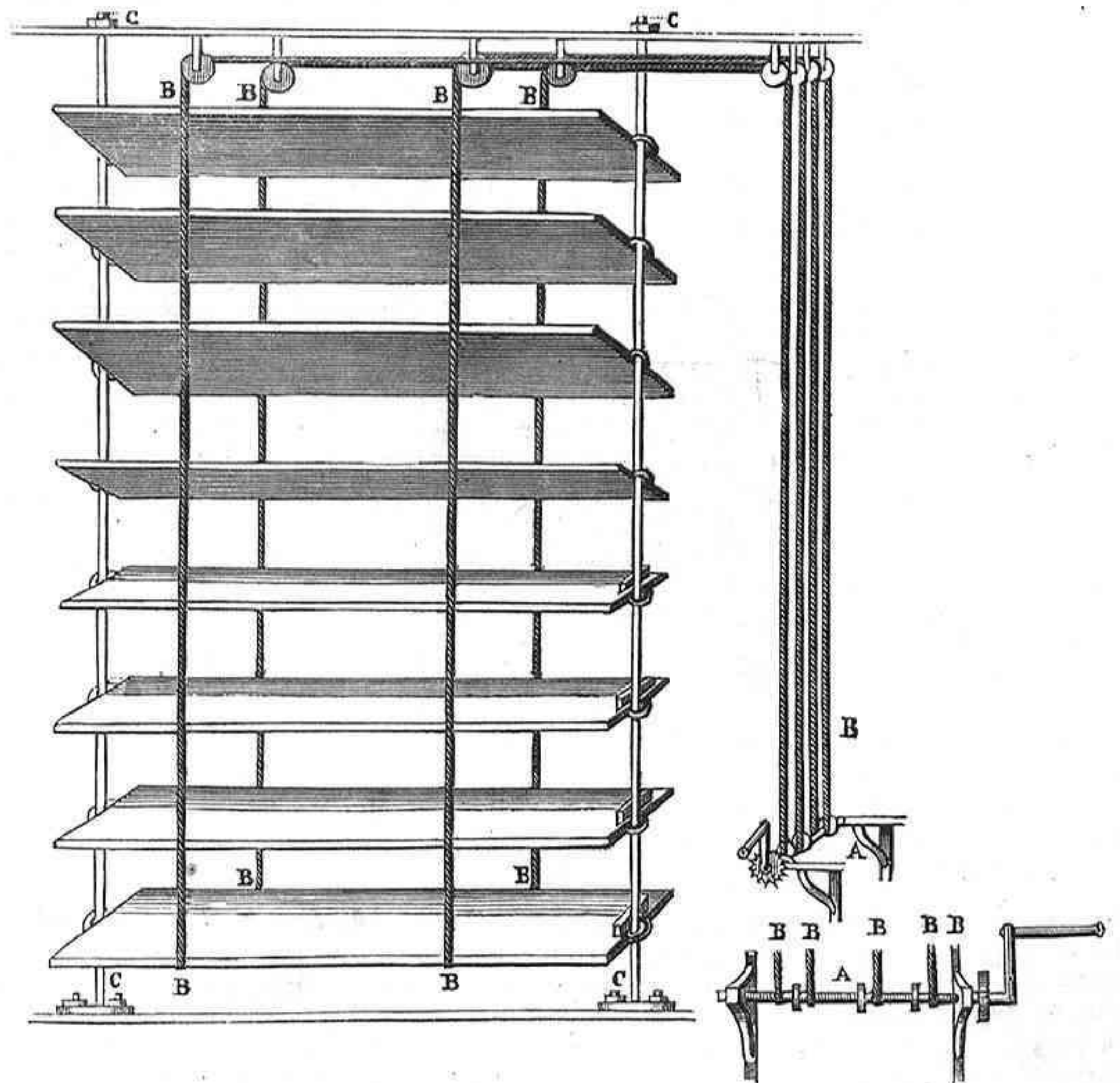
Pasada esta muda con felicidad, las cuidados que se deben dar para llegar á la cuarta, son igualmente importantes, pero menos minuciosos; se necesita el aumento del personal para el servicio interior y exterior.

En esta edad, la temperatura será de 16 á 17 grados de R.: cuatro comidas bastan; es período que dura unos nueve dias; sería mejor cinco comidas á los primeros despertados y seis á los últimos, con un grado mas de temperatura para reducir este período á siete ú ocho dias.

De la tercera á la primera muda, son necesarias cuatro limpias de camas, de las que la primera será despues de la muda; por última vez, se espaciarán los gusanos dividiéndolos en dos partes iguales; es esencial para esta operacion, valerse del medio de la muda, porque no quedan mas que ocho dias para adelantar á los retrasados y hacer que lleguen al mismo tiempo que los que se adelantan. La subida á hilar debe ser instantánea.



SISTEMA DE ANDANAS DE LA FORTE.



SISTEMA DE ANDANAS DE SIRAUD.

nea: sino, puede ser mas ó menos desastrosa; se ha de efectuar en cuarenta y ocho horas.

Desde la cuarta muda hasta la crisálida, completa la muda, no hay que precipitarse en quitar las camas; los gusanos necesitan cierto tiempo para reponerse, y han de recibir de la atmósfera consistencia y firmeza.

No se debe esperar á que pasen veinte y cuatro horas antes de esta operacion y menos con el objeto de reunir los rezagados; esta costumbre puede traer consecuencias desastrosas. Despues de la segunda comida se pasa al deslecho; la primera será ligera, porque al salir de la muda, están todavía los gusanos débiles y su estómago no puede sufrir una comida copiosa.

Los gusanos estarán anchos y la distribucion de la hoja será uniforme y con igualdad por todo el zarzo.

En este período los deslechos serán diarios hasta la subida á hilar. El número de comidas será con relacion á la temperatura del cuarto; si es de 16 á 17, cuatro bastan; de 18 á 20 lo menos seis; conforme los gusanos se engruesan, se les dará mas espacio; si estuvieran muy espesos, con la ayuda de las redes se les ensancha, colocándolos en dobles zarzos.

Come mas el gusano, cuanto mas se acerca el término, aumentando proporcionalmente la cantidad de sustancias acuosas y la humedad de la trasudacion. Estos insectos no orinan; pero segregan por los estigmas el exceso de humedad en estado de vapor que no es agua pura, sino un gas que combinado con la atmósfera del obrador la altera. Tanto estas emanaciones, como las de los excrementos y camas, necesitan una ventilacion enérgica, renovando con frecuencia la atmósfera del cuarto.

Conforme los gusanos se aproximan á hilar, sus excrementos antes secos y firmes, vienen á ser blandos y húmedos, toman un color claro, el apetito disminuye y cesa del todo, huyen de la hoja, buscan un sitio aislado en donde respirar libremente y desembarazarse del excedente del agua que les abruma; desde entonces, las camas están húmedas y fétidas; el gusano, antes tan perezoso que apenas podia moverse, ahora anda desatentado, atropella los gusanos que halla al paso; de cuando en cuando se detiene como lo hacen los ciegos, agita á derecha y á izquierda su cabeza diáfana; tanea en fin por ver si encuentra una planta ó ramo, un medio de ascension cualquiera; si lo halla, trepa por él con resolucion, hasta que encuentra un obstáculo que le detiene ó un lugar en donde pueda echar las bases del edificio en que se ha de encerrar.

El instinto del insecto nos debe guiar en lo que debemos hacer para secundarle. La humedad en esta época es sin contradiccion su mas cruel enemigo; para huir de ella, la naturaleza le ha dado el instinto de subirse para buscar una atmósfera pura en la que pueda sufrir su metamorfosis, por lo que entonces, la atmósfera será lo mas seca posible, no solo al principio, sino hasta que acabe su trabajo, á lo menos por cuatro ó cinco dias. Al principio, al medio, y á la conclusion de su trabajo, la humedad que el gusano desprende, iguala á la mitad del peso de su cuerpo. Esta humedad excedente, hace penosa y difícil la transformacion y ataca las cualidades de robustez y salud que tanto debemos apetecer en el insecto perfecto para la adquisicion de buenos huevos. La excesiva humedad en el cuerpo del gusano disuelve la seda.

(Se concluirá).

JOSE ECHAGARAY.

ENTRADA Y RECEPCION QUE HIZO LA VILLA

DE CERVERA A LA EXCMA. EMPERATRIZ REINA Y SEÑORA NUESTRA; ANOTADA POR MI JAIME MARZAL (MARCIAL) GISCAFRE, PAHER DE LA DICHA VILLA, EN EL CORRIENTE AÑO DE 1533 (1).

Sentada S. M. en la sala, los Srs. paheros rogaron al conde de Miranda mayordomo de S. M. le suplicara se dignase aceptar un presente de confituras que su villa de Cervera deseaba ofrecerle, lo que la reina otorgó; ademas pidieron les dejase parte de la guarda y de las trompetas de la real escolta para mas abultar dicho presente, cuya cosa, por aquel de muy buena voluntad les fue concedida; y hecho tal concierto y besada la mano á S. M., salieron dichos paheres acompañados de prohomenia (2) y de gran número de antorchas, por haber ya cerrado la noche, dirigiéndose á la casa pahería, donde estaba prevenido el refresco con oportuna disposicion, y sacándolo de allí, volvieron á marchar por el siguiente orden: primero dos antorchas, diez trompetas, los juglares y un atambor; otras antorchas, los Srs. paheres precedidos de sus vergueros con cuazas altas y acompañados de honrada prohomenia; dos antorchas alumbrando al honorable síndico Juan de Vallebrera revestido de su manto, y asistiéndole dos caballeros, llevando él cogido por el canto, «de modo que todo el mundo pudiera verla, una preciosa cofaina de plata muy rica y bien labrada y cincelada, de valor de cien ducados de oro; dábala la villa para el servicio de la cena de S. M.; luego intermediadas de parejas de antorchas, seguian cincuenta bacías de confituras dife-

rentes, esto es, de mazapanes muy singularmente aderezados dorados y plateados; una de pasta real dorada otra de piñonate de azúcar dorado; otra de citronate, dos de dragea y canelones; id. de canelones y jeníbrones id. de dragea y canelones; id. de jeníbrones y canelones y las restantes hasta completar las cincuenta, de confites de azúcar muy bien confeccionados y cubiertos, yendo todas las bacías muy compuestas con sus banderillas de talco, que tenia á un lado las armas de Aragon y al otro el ciervo, distintivo de la villa, y sembrados encima de los confites, habia variedad de mazapanes, y la guarda de los alabarderos, formando dos alas, marchaba á uno y otro lado del presente para atajar cualquier desorden; y en esto las trompetas y atambores tañian sin cesar, cruzando toda la calle mayor arriba, hasta palacio con mucho orden y triunfo, que era cosa notable y de buen mirar, y de gran concierto; y hacia todo ello tal bulto, que ya el presente entraba en palacio, cuando la última bacía y el vino, que tambien se presentó, estaban delante de la casa de Mosen Juanillo de Altarriba; y dichas bacías eran llevadas por cincuenta hombres de la presente universidad, muy bien ataviados y adornados conforme cumple y bien instruidos, en cuerpo, con sus sayos de seda ó de contray y la cabeza descubierta. Habienlo los paheres entrado en palacio, llegando á la cámara y aposento de S. M. halláronla sentada en una silla, acompañada de mucha nobleza, y de duques, condes, grandes señores y principales damas asistiéndole á S. M. todos de pié, y sombrero en mano. Al aspecto de S. M. hincaronse los paheres y el síndico, y tomando el pacher en cap la cofaina que este llevaba, presentósele á la reina diciendo: Serenísima Señora, esta su universidad de Cervera, no ya atendiendo al merecimiento tan grande de S. M. sino á sus propios posibles, ofrece este breve presente, suplicando humildemente á V. M. acepte la fidelidad de aquella y la buena intencion, sin considerar la cuantía de la cosa, sino solo el amor con que es entregada, pues deseamos servir en todo tiempo á V. M.; y á lo que la reina muy afablemente respondió diciendo: «que estimaba mucho lo que la villa de Cervera hacia, y que no habia necesidad de tanto gasto; pues todo lo tenia en servicio.» (3) En seguida levantándose los paheres y permaneciendo sombrero en mano al lado de S. M., entró de contado la primera bacía de mazapanes, é hincándose á los piés de la reina el que la traia, una dama sentada á la izquierda de S. M. se levantó, y habiendo cogido un mazapan con gesto muy donoso, aventó la bacía é hizo la salva probando un poquito de pasta, mirando de fijo en el rostro á S. M. hecho lo cual, la reina tomó otro mazapan y corrió de él dos ó tres bocados, recogiendo de paso todas las banderillas que habia en el plato, y levantándose el portador, retiróse despues de entregarlo al mayordomo. Avanzó inmediatamente el que venia con la segunda bacía llena de pasta real, y tomando de ella S. M. sin que le hicieran la salva, comió una rebanada, y tambien recogió las banderillas y guardólas en la falda; y así con el debido orden fueron entrando todos, y la reina comió de las confituras de mas de quince ó diez y seis platos sin prévia salva; dando con ello bien á entender por cuan fidelísimos vasallos nos tenia á todos; y de cada plato recogió las banderillas. Habiendo pasado el presente, fue repartido á los magnates y damas que estaban en la sala, siendo tal la abundancia de confitura que formaba suelo sobre el pavimento, y en muestra de prodigalidad arrojaron por la ventana á las gentes allí llegadas el contenido de tres ó cuatro bacías; cuyo servicio y presente fue muy acepto á S. M. y encarecido por ella y por todos los grandes y gente curial en grandísima manera, diciendo á una voz que desde Madrid de do procedia la corte, en ninguna universidad habian visto tal magnificencia y de ninguna recibido tal contento como de esta. Concluida la ceremonia, siendo ya muy tarde, los paheres pidieron licencia para retirarse, y S. M. con mucha afabilidad se la concedió, y besadas sus manos salieron de palacio acompañándoles la guarda real que á la puerta les esperaba, ademas de la honrada prohomenia con veinte y cinco antorchas encendidas, cuyo grandísimo resplandor despejaba las sombras de la noche, regresando así con singular magnificencia á la pahería; y en pago del buen servicio recibido de los alabarderos, mandaron distribuir entre ellos dos bacías de confitura, que fueron muy bien recibidas, quedando contentísimos y dando á los paheres las gracias mas espresivas.

El dia siguiente, jueves veinte de marzo, determinó S. M. dejar la villa entre las cinco y las seis de la madrugada, y ya en disposicion de partir, dijéronle que los serenísimos príncipe y princesa sus hijos, todavía no estaban despiertos y que seguian descansando. S. M. oyendo tal nueva respondió que no les molestasen ni despertasen, que en tierra de Dios estaban; y dicho esto partió, dejando á los príncipes en nuestra villa de Cervera; de donde puede inferirse cuan fieles considera á los vecinos de esta universidad, pues durante el camino, nunca en parte alguna, habia querido dejar de su mano ni perder de vista al príncipe, y aquí hizo lo que se ha dicho, cosa que por la universidad debe reci-

(3) «Que mixto *regraciava*, dice el M. S. original, á la villa de Cervera el que así, y que no *returava* haber tanto gasto, y que todo lo tenia en servicio.»

birse á merced señaladísima. Los paheres, sintiendo su pronta marcha, inmediatamente montaron á caballo, con toda la prohomenia, y llegaron á palacio cuando ya S. M. estaba en la anda. Salieron pues, el pacher en cap al estribo izquierdo, y los otros tres delante, acompañando á la emperatriz hasta la iglesia de San Salvador; y como S. M. les hubiera ya rogado por dos veces que se volviesen, estando aquí y repitiéndoselo por tercera vez, mayormente incomodada como iba por el polvo del camino, no habiendo querido cerrar la anda en obsequio á los paheres, conociendo estos su voluntad, echaron pié á tierra, y tomada licencia besaron la real mano, la que S. M. les dió con riente faz; y regresaron á la villa, mientras la régia comitiva seguía en derechura al monasterio de Monserrat. Y por cuanto el mayordomo de cámara hubiese indicado á los señores paheres que S. M. llevaba intento de pasar por Monserrat, á cuyo efecto por ser el camino malo y dificultoso en algunos puntos, para ir S. M. en la anda, procurasen tener aparejados treinta hombres que en dichos lugares prestaran el servicio de llevar acuestas la anda y á S. M. sin peligro; buscaron en efecto treinta hombres espertos asaz, y se los presentaron al mayordomo, quien mucho se lo agradeció; y dichos hombres acompañaron á S. M. hasta Collbató conduciéndola durante el mal camino, y en pago quedaron muy bien premiados y satisfechos por el referido mayordomo, quien mandó se les repartiesen treinta libras (320 rs. vn.), y así fue hecho, pues al pié mismo de la cuesta de Collbató se efectuó el reparto entre los treinta.

No bien los señores paheres estuvieron en la villa, á eso de las nueve de la mañana, hallaron á los serenísimos príncipes dispuestos á marchar tambien, y dirigiéndose á palacio con la propia prohomenia, pusieronse otra vez en camino yendo los príncipes con su nodriza ó aya en su riquísima anda, y acompañáronles guardado el mismo orden hasta media vía de San Salvador, no permitiéndoseles mas por el gran polvo que se movia que á los príncipes molestaba; y así tomada licencia y besadas sus manos, regresaron á la villa con las honradas personas de su séquito (4). Plaza Nuestro Señor otorgar luenga vida á SS. MM., y que próspidamente puedan verse en la ciudad de Barcelona, donde se espera al invictísimo César dentro de breves dias, á presencia de su amantísima consorte y de los serenísimos príncipe y princesa hijo é hija de SS. MM. de quienes á la posteridad, por sus virtuosísimos y cristianísimos actos, infinitos libros restan que escribir. Amen. *Plus Ultra* (5).

J. P.

PENSAMIENTOS.

La risa de Cervantes mató la caballería española.
BYRON.

Una buena conciencia es la mejor de las almohadas.
ANÓNIMO.

Nunca muere el amor de necesidad; pero sí con frecuencia de indigestion.
NINON DE L' EUCLÓS.

El año que viene es una pompa de jabon matizada, que tal vez reventará antes de llegar á nosotros.
H. WALPOLE.

El átomo es el mundo á los ojos del matemático.
LOCKE.

El amor es ser dos y no ser mas que uno; un hombre y una mujer que se funden en un ángel, es el cielo.
V. HUGO.

El amor es el único bien que no se puede apreciar; el amor es el único mal para el que no se encuentra remedio. Pintadle como un monstruo peligroso; representadlo como un Dios bienhechor y lo encontrareis perfecto en uno y otro retrato.
DE BERNIS.

El amor es un niño grande, la mujer su muñeca.
El amor es un capricho de cualquier dia.
VOLTAIRE.

El amor son las alas que Dios da al hombre para que suba hasta él.
LEREUX.

El amor es un contrato como el matrimonio.
JORGE SAND.

(4) El nombre de *pacher* equivalia en los concejos de Cataluña al de regidor; en latin *patriarius*, vocablo bárbaro, cuyo significado es pares, á fuer de iguales en gobierno, facultades y prerogativas.

(5) La emperatriz doña Isabel llegó á Barcelona el dia 28 de marzo de 1553, «recibiéndola aquella gran ciudad con el honor, festejos y grandca que acostumbra» (*) mas el emperador no hizo su entrada hasta el dia 22 de abril. Esta piadosa y buena princesa habia venido al mundo el dia 25 de octubre de 1505, y falleció de sobrepardo en la flor de su edad, el 1.º de mayo de 1559.

(*) P. Florez.

(1) Véase el número anterior.

(2) Reunion de prohombres; palabra intraducible.

El amor es una gota celeste que el cielo derramó en el cáliz de la vida para endulzar su amargura.

ROCHESTER.

Luis XIV tenía mucho talento natural; pero era muy ignorante, y se avergonzaba por ello. Así es que estaba la corte obligada á ridiculizar á los sabios.

PRINCESA PALATINA.

REVISTA DE LA QUINCENA.

A falta de obras, trataremos hoy de discusiones literarias, algunas de las cuales, mas que de discusiones merecen el nombre de disputas. En Niza es objeto de las conversaciones generales la que se ha suscitado entre la princesa Maria de Solms y el conocido novelista Alfonso Karr. La princesa tiene su poquito de escritora y de artista, y vínculos de parentesco con la familia Buonaparte. Estuvo en relaciones de amistad con el celebre Eugenio Sue, y hace poco tiempo publicó varias cartas particulares de este literato, en una de las cuales se decía que las obras de Alfonso Karr ni eran buenas ni estaban bien escritas. Karr, sin tener presente cuán raro es que un literato en lo íntimo de su corazón y en lo profundo de su conciencia piense bien de otro, especialmente cuando ambos cultivan el mismo género; Karr, sin tener presente que en *Las Avispas* y en otras obras suyas no había vacilado en censurar amargamente á sus colegas y á otros que no eran sus colegas; Karr, en fin, olvidando las consideraciones debidas al sexo, atacó á su adversaria con dos de los mayores insultos que se pueden dirigir á una señora en esta nuestra sociedad cultiparlante, es decir, llamándola *vieja* y *fea*; insinuando además que tenía un carácter extravagante, y acusándola de haber inventado las cartas que atribuía á Eugenio Sue. Justamente irritada la princesa, ha dirigido una epístola á un periódico de Paris defendiéndose con toda la vehemencia que inspiran la hermosura y la juventud ofendidas; se burla de Alfonso Karr, á quien trata de amante desdeñado; pone en ridiculo su vanidad literaria; entra en algunos pormenores sobre su vida privada y últimamente le acusa de haber atacado á una mujer porque sabe que no ha de pedirle cuenta de la ofensa. A esta elucubración de la princesa de Solms responderá Karr, y á Karr replicará la princesa, cuya réplica dará origen á otra contestacion de Karr, todo para edificación de las gentes y gloria de la literatura.

Esto en Francia y en Italia. En España las cosas han pasado de una manera mas decente. El señor don Luis Mariano de Larra ha escrito un bellissimo drama con el título de *Oracion de la tarde*, drama que se ha representado en el teatro del Circo, y del cual hemos hablado en nuestra anterior revista. Otro aplaudido autor sostiene que el pensamiento y su desarrollo son suyos, no del señor Larra, y para dilucidar este punto se celebró el otro día una reunion de literatos y periodistas en casa del joven literato y diputado don Eulogio Florentino Sanz. En esta reunion, promovida por el señor Larra, dicen los que asistieron que no se dió voto definitivo por falta de datos; pero se nombraron dos individuos para que acercándose á los interesados les inviten á suspender toda discusion hasta que el público dé su fallo, estando para representarse el drama cuyo pensamiento se acusa al señor Larra de haber utilizado. El señor Rossell aprovechando la ocasion de hallarse congregados gran número de escritores, emitió la idea de establecer un centro literario, y acogida esta idea unánimemente, se nombró tambien una comision que proponga los medios y dé los primeros pasos para realizarla.

Está publicándose en Francia una grande obra que ha empezado á traer y traerá en lo sucesivo grandes dis-

gustos á sus editores. Se titula *Diccionario universal de los contemporáneos*. Como en esta obra se aprecian los actos y escritos y se dan las biografias mas ó menos exactas de personas que ocupan cierta posicion y ejercen cierta influencia, no todas se conforman con los juicios que acerca de ellas se emiten, y de aquí el cúmulo de quejas, y hasta de denuncias ante los tribunales, que se han suscitado. El conocido periodista gascon Garnier de Cassagnac, y el defensor un poco brusco del clero M. Veuillot no están contentos con lo que en el *Diccionario* se dice de su carácter, talento y escritos; otros se quejan de que se ha ignorado su genealogia aristocrática y se ha omitido la particula de antes de sus nombres; algunos que han figurado en política se indignan de que se recuerde que en tiempo de Luis Felipe eran grandes Orleanistas, en tiempo de la república, grandes republicanos, y ahora grandes buonapartistas. Mientras un gran número de suscritores se quejan de que el *Diccionario* contiene nombres de personas absolutamente insignificantes y que deberian haberse omitido un enjambre de autores, artistas, periodistas y políticos, pigmeos se irritan de haber sido olvidados.

La obra sin embargo tiene éxito, aunque si respecto de los franceses las noticias que contenga serán exactas, respecto de los hombres célebres de las demás naciones tememos mucho que se proceda con la habitual negligencia en esta clase de publicaciones. Ya los ingleses se quejan de que las biografias de sus paisanos están tomadas de fuentes impuras. ¡Santo Dios y como estarán allí pintadas las celebridades españolas! ¡Pobre de aquel cuyo nombre haya logrado salvar las fronteras del Pirineo!

En Lisboa se ha representado con buen éxito la comedia de magia titulada *el Principe verde*, original del señor Pessoa, composicion que sin ser de gran mérito, tiene situaciones interesantes y escenas jocosas.



TIPOS ESPAÑOLES.—MARAGATOS.

El desempeño fue bueno, y la maquinaria y el vestuario, bastante lujoso, contribuyeron al éxito de la funcion.

Entre nosotros nada nuevo se ha dado á luz desde la última quincena, á escepcion de la zarzuela *el Dominó negro*. Ya esta pieza francesa fue traducida y representada en español con el título de *la Segunda dama duende*. Ahora se la ha puesto en verso para adaptar la letra española á la musica francesa. Estos arreglos no salen bien; á lo menos no han salido hasta ahora bien ninguno de los ensayos de este género. Puede vestirse regularmente y con éxito un pensamiento francés á la española: no parece que puede acomodarse tan fácilmente el pensamiento español á la francesa. Resultado: que *la Segunda dama duende* nos gusta mas que *el Dominó negro*.

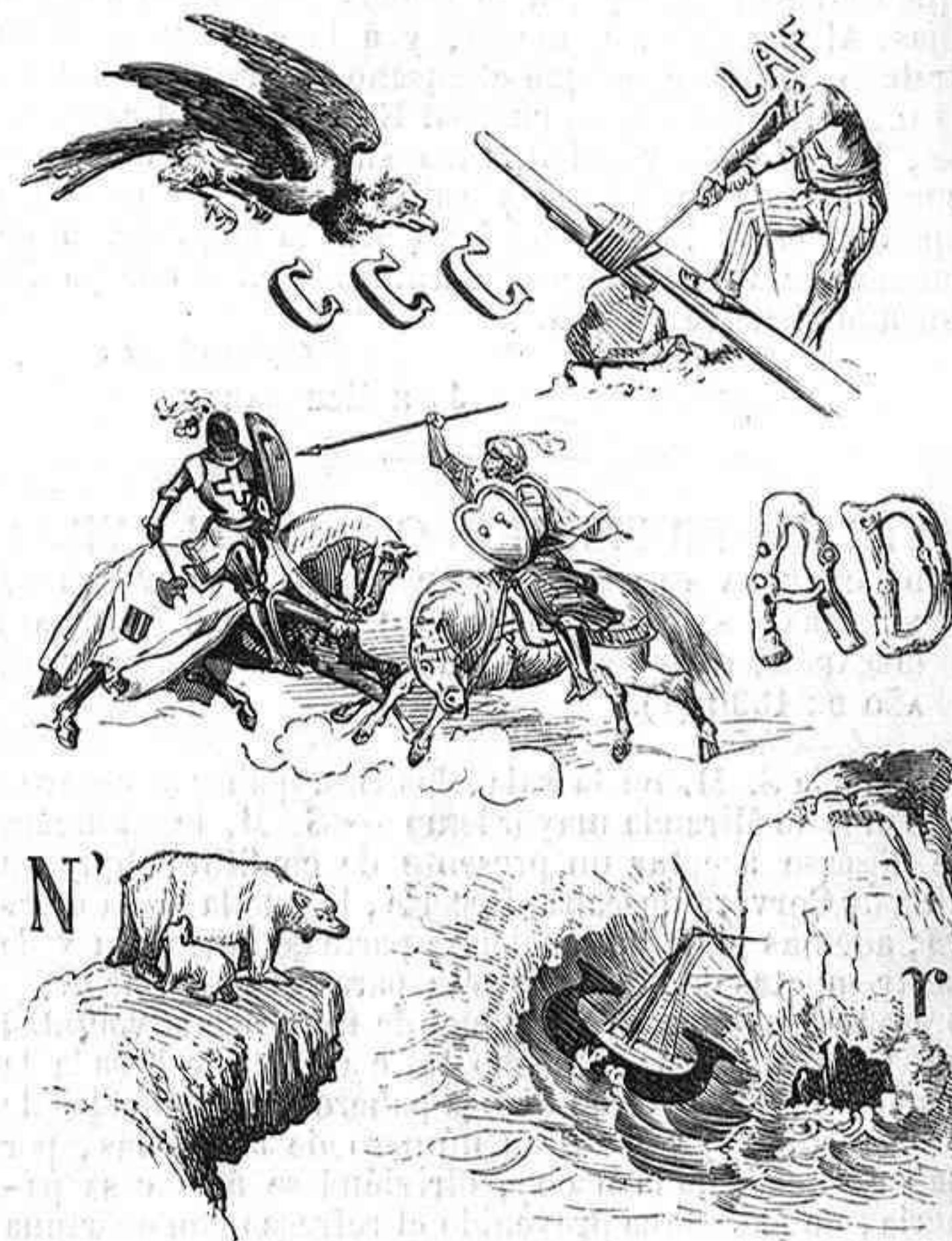
En el teatro de Oriente se ha puesto en escena *la Favorita*, en la cual ha hecho su primera salida el tenor Giuliani. Este cantante ha reemplazado dignamente á Carrion, que partió hace pocos dias para Turin condecorado con la cruz de Carlos III. Giuliani tiene una voz dulcísima, aunque no muy estensa, y una excelente escuela de canto. En toda la ópera, y especialmente en el acto cuarto, arrancó unánimes, espontáneos y merecidos aplausos.

Tenemos que deplorar la muerte de D. Agustin Bonnat, joven escritor de agudo ingenio y de grandes esperanzas, que habiéndose dado á conocer en 1853 con la bellissima producción titulada: *Yo, ella, nosotros*, que publicó el *Semanario pintoresco*, habia alcanzado en poco tiempo una grande altura como literato. Habia sido educado en un colegio de Francia; cursó despues estudios mayores en Madrid, y tenia un fondo poco comun de erudicion literaria. Atacado de una enfermedad de pecho, ha bajado al sepulcro en la flor de su edad, cuando tenia abierta delante de sí una carrera gloriosa.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este numero,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

Geroglífico.



A LOS SEÑORES SUSCRITORES.

En este número hallarán nuestros lectores el grabado que representa la copia del célebre cuadro de Rafael, titulado *La Perla*; copia que se encuentra espuesta al público en la librería de los editores, calle del Principe, número 4.

La copia, al óleo, está hecha por el Sr. Ortego.

El dibujo del grabado que damos en este número, se debe al Sr. Zarza.

El grabado es obra del Sr. Capuz, que acaba de ser premiado en la Exposicion de Bellas artes.

Tienen opcion á un billete para la rifa del cuadro, todos los que se suscriban al *Museo Universal* (tomo de 1858) siempre que sus pedidos lleguen á noticia de los editores antes del 24 de diciembre.

El precioso ALMANAQUE del MUSEO UNIVERSAL para el año de 1859 se halla de venta en los puntos de suscripcion, á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias, franco el porte.

Los que se suscriban á este periódico por el año de 1859 los recibirán gratis. Recordamos, por tanto, á los señores suscritores de provincias, que deben renovar oportunamente su suscripcion si no quieren experimentar retraso en el recibo de este almanaque. A los de Madrid se les pasará acompañado de la papeleta de renovacion.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE. 4. 1858.

